



BIBLIOTECA



FONDO BIBLIOTECARIO PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



ENSALADA DE POLLOS

CAPÍTULO I

Entrada de Concha en el gran mundo

LA casa de Concha no tardó en ser lo que se llama un relicario: nada faltaba allí de cuanto puede pedir el refinamiento y el lujo, al grado de que Concha al hablar de su casa decía:

—No hay ojos con que verla.

Arturo fué mas previsivo de lo que se puede pedir á un pollo.

Lo decimos, porque después de haber llenado todos los requisitos que pudieran hacer de la casa de Concha un departamento confortable, puso al servicio de esta una aya francesa.

Madama Luisa estaba encargada de instruir á Concha en los cien mil detalles que tiene obligación de consultar una mujer á la moda.

Concha saboreaba voluptuosidades desconocidas que la encantaban, como el uso del cold-cream y del polvo de arroz aromatizado, de la esponja y del jabón de Pivert; en suma, la atmósfera de perfumes en que vivía envuelta, la embriagaba.

Madama Luisa traía de París las últimas novedades del confort, y con una solicitud exquisita y verdaderamente parisiense iba haciendo de la hija de Jacobo una señorita de gran tono.

Concha, por otra parte, tenía la in-

tuición de lo bello y era naturalmente observativa, de manera que no había objeto que la rodeara que no hubiera sido motivo de su exámen y de su contemplación.

Arturo estaba fuera de sí y positivamente enamorado de Concha: se gozaba en su obra y había tomado tan á pechos la erección del ídolo que él mismo había dorado, que empezó por volverse susceptible y hasta celoso, al grado que muchos pollos, amigos suyos, ignoraban el nuevo enlace de su amigo y lo echaban de menos frecuentemente en sus reuniones favoritas.

Este retrainimiento le proporcionó á Concha adelantar considerablemente en su aprendizaje, tanto que en concepto de Madama Luisa poco tardaría Concha en estar presentable.

Pero no era así naturalmente, porque los vicios de la primera educación

difícilmente se corrijen; no obstante, Concha podía pasar ya como una bonita apariencia.

A los pocos días de retiro, á Arturo empezaban á parecerle las horas casi del tamaño natural, cosa que al mismo pollo le sorprendió, supuesto que las de los primeros días le habian parecido un soplo; esto unido á las bromas de sus amigos por su retrainiento, lo decidieron á tomar otro partido.

—Arturo, le decía un día un pollo, conque te casaste!

—No soy tan bárbaro, ese suicidio me parece del peor género.

—Entonces.....

—Si lo dices por Concha.....

—Precisamente.

—Que quieres, un golpe de fortuna, de esto no hay todos los días.

—Y vas á lucirla?

—Mira..... todavía no me decido,

aunque al principio te confieso que pensé en el secreto riguroso.

—¡Oh! eso del secreto es fatal, es una vida llena de privaciones, ya verás como te cansas.

—Ya lo estoy viendo, pero temo...

—¿Qué temes? vaya un calavera tímido! si la chica vale tanto como dices, vale la pena de darla á luz y sobre todo de que le formes círculo, de que des algunos téés para los amigos; cuenta conmigo, Arturo, ya sabes que no me escandalizo de nada y sobre todo sé respetar las propiedades. ¿Qué dices?

—Estaba pensando ya en sacarla: la pobrecita ha tenido una vida de privaciones.

—¡Ah! pues es justo que se divierta.

—Anoche fuimos por primera vez á Fulcheri.

—¿Tú eras? ta, ta, ta.....

—¿Cómo lo supiste?

—Me dijo Ruíz que había visto á una linda jóven y á su amante acariarse en el gabinete azul. Te vieron en los espejos, chico, ¡qué chasco te has llevado!

—¿Es posible?

—Exacto.

—Solo en los espejos; porque el gabinete azul estuvo solo.

—Vamos, eso no tiene mucha gracia, hoy ya lo sabrá la *chorcha*.

Esta palabra pertenece al caló del pollo y quiere decir reunión, pandilla ó círculo de amigos.

—Debías llevarla al teatro, continuó el amigo de Arturo, como para sacarlo de su embarazo por lo de los espejos.

—Sí; el domingo vamos, tienes razón.

—Domingo en la tarde por supuesto.

—Se entiende, todavía no me atrevo á llevarla de noche, sabes que van

mis primas y todos los de mi familia, mientras que por la tarde las cocineras todas son unas.

—Bueno, chico, te felicito y es necesario que cuanto antes me presentes.

—El domingo.

—Bueno.

—Pues hasta el domingo.

—Adios.

Diremos algo acerca del interlocutor de Arturo: era un pollo que se llamaba Pío Blanco y que pertenecía legítimamente á la raza de pollos tempraneros.

Tenía quince años y era por naturaleza disipado y ocioso; sabía beber, fumar y blasfemar, triple ciencia que lo privaba de saber otras cosas á pesar de los esfuerzos de su padre por hacerlo hombre de provecho.

Pío Blanco había crecido mimado, al grado de que sus padres confesaban con un candor sin límites, que se habían

declarado insuficientes para sugetar á Pío.

Este pollo había pasado revista en muchas escuelas, porque á los quince días de permanecer en un establecimiento, ya tenía el suficiente caudal de embustes para desprestigiar al director y bien una riña ó alguna maldad de trascendencia, decidían su pase á nuevo colegio.

Así corrió de seca en meca, hasta parar en el colegio militar, de donde fué dado de baja por faltas de subordinación.

Esta última salida lo puso en posición de declararse vago con cargo á los fondos de su papá, el señor Blanco, quien acababa de ganar un pleito, separándose de su mujer, que por fortuna no era la mamá de Pío.

Con el talisman del dinero, Blanco, padre, se alegró al grado de apurarle

menos el porvenir de Pío, á quien quería tanto.

Pío, al gastar el dinero de su padre, no le pesó su conducta anterior, y Blanco padre é hijo, se apañalaron cariñosamente en el regazo de la fortuna.

No hizo mas Pío Blanco que emplear lujosamente en manos del sastre, y tomar un aire de superioridad y de abandono que hacían de él el pollo más magistralmente resuelto que se conoce.

Pío Blanco, pobre, solía tener mesura y encogimiento; pero Pío con guantes, dió suelta á su lengua, pareciéndole que ya no tenía por que callar: los libros fueron para él un abismo de letras donde no osaba penetrar jamás su perezosa imaginación: en cuanto á religión, apenas dijo al acaso soy liberal, se creyó dispensado de tener creencias, se avergonzó de haber oído misa alguna vez, y para sancionar este acto de de-

bilidad de su catolicismo, aprendió de memoria algunas frases de un discurso de Villalobos, y acomodándolas á las circunstancias salía del paso airoosamente, según él mismo creía: hacía alarde de ser cínico y desvergonzado, y no había historia secreta de familia ni honra vacilante, que Pío Blanco no se encargara de divulgar *mutatis mutandis*.

Era de esas personas, que por desgracia abundan en México, para quienes los asuntos ajenos, por poco que les atañan, son el punto culminante de sus discusiones; desmenuzan y glosan la mas insignificante noticia; emprenden con un calor digno de mejor causa, una controversia sobre los asuntos privados de una familia, á quien ni saludan; y nada de lo que hay á su alrededor, por indiferente que sea, pasa sin sujetarse al tormento del análisis y del más

escrupuloso exámen: emprenden sumarias genealógicas hasta dilucidar si H y R son hermanos, y si P y N son casados: son boletines orales de cuya lengua libre al lector su buena estrella, aun cuando á nombre del sagrado de la familia y de la gente honrada haya puesto hoy el autor de esta ensalada el foco de su lámpara sobre esas larvas dañinas, para que alguna vez la víctima vea á toda luz á sus verdugos.

Pío Blanco tenía, además de todos sus títulos, el de chismógrafo triturador de honras mas acabado que se conoce.

Este pollo, cuya primera edad había sido una penumbra y una negación, no tenía en su corazón ni en su cerebro noción alguna provechosa ni base moral que normara sus actos, de manera que perdido el encogimiento del pobre, aceptó de un golpe la vanidad y la desenvoltura del rico, y con todo el

atrevimiento de la ignorancia afrontaba magistralmente desde la pequeña cuestión social hasta los altos problemas filosóficos.

Tal era Pío Blanco, pollo á quien vamos á ver en seguida convertirse en amigo de Concha.

En el palco intercolumnio número 1 de los segundos, apareció la tarde de un domingo en el Teatro Nacional, una jóven elegantemente vestida: llevaba un traje de gró azul y blanco de doble faldá hecho por Celina, y estaba peinada con una gracia y una propiedad inimitables.

El minarete de la belleza de hoy, el clásico copete de la jóven estaba adornado con dos rosas pálidas, y aquella colina de cabellos y flores daba á la propietaria un aire aristocrático y distinguido: hubiera sido imposible á Casimira la bizca convencerse de que

aquella dama tan blanca, tan sonrosada y tan elegante era la hija de D.^a Lola, era Concha la Sacristana, como ella se había empeñado en llamarle.

Cuando en uno de esos palcos 1 ó 25 de cualquiera de los tres órdenes, aparece una de esas beldades solitarias de exuberante y lujosa falda en una tarde de día de fiesta, la numerosa familia de pollos y tal cual gallo de pelea se ponen en alarma.

Ya barruntan que tras de la bella se parapeta algun feliz que ve con medio ojo la comedia y con uno y medio á la prenda de su cariño; ya se esperan encontrar un conocido á quien felicitar el lunes por su caza mayor; ya en fin, se hacen la ilusión de que no hay tal propietario y que la beldad es una mujer que acababa de asomar en el mundo pidiendo á gritos la indispensable protección del sexo fuerte; todas

estas ideas alborotan la gallera, en la que los pollos son los primeros en píar como al ruido del maíz de por la tarde.

—¿Quién es aquella azul? preguntó un pollo.

—Es de las mías, contestó otro.

—Ya quisieras.

—¿En donde vive?

—No sé.

—Está bien vestida.

—Demasiado.

—De seguro no se ha peinado sola.

—La peinó Broca.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo antecedentes.

—¿A ver, á ver? dijeron varios.

—Mira, Alberto, le dijo un pollo á su compañero; vamos á poner paralelas para el asalto: desde el palco de enfrente veremos quien es el compañero de esa diosa.

—Aprobado, chico, pues al asunto.

—Vamos.

—Vamos.

Y media docena de pollos salieron del salón en un entreacto, pidieron vuelta, y subieron corriendo las escaleras de los palcos haciendo mucho ruido.

La parvada se precipitó por el tránsito de los segundos, llegó al palco número 25 que estaba vacío y entró.

—Orden, caballeros, dijo un pollo.

—No sean díscolos.

—No se le vé mas que el sombrero.

—Pero, ¿quién es? dijo Alberto.

—Si está casi sumido tras de la crinolina.

—Pero ella es encantadora.

—¿Quién será?

—Nadie la conoce.

—No es de las de.....

—Ni de las de..... agregó otro pollo haciendo una mueca.

—¡Ah, ya sé quién es él! exclamó uno; nos está viendo.

—¡Arturo!

—¡Arturo! repitieron cinco pollos.

—¡Qué maldito!

—¡Ah, hipocritón!

Un pollo tosió recio.

—¡No, hombre! exclamó uno.

—¡No seas incivil! agregó otro.

—¿Vamos á visitarlo?

—No seas estúpido. ¿Con qué derecho?

—Con cualquier pretexto.

—Anda solo.

—¿A que no vá?

—Este es *echador*.

—¡Echador! ¿quieres verlo?

—¿Apostamos?

—Lo que quieras.

—Te vas para atrás.

—Qué me he de ir!

A este tiempo Pío Blanco tocaba á

la puerta del palco en que estaba Arturo; éste iba á pararse cuando Pío Blanco entró provisto de un grande alcatraz de dulces.

—Chico, vengo á que me cumplas tu palabra.

—Concha, te presento á Pío Blanco, mi amigo.

—Gracias, chico. Señorita, agregó dirigiéndose á Concha; sírvase usted aceptar estos dulces.

—Mil gracias.

—¡Qué fortuna tiene este pícaro!

—¿Por qué? dijo Concha.

—Por qué ha de ser. ¡Usted lo ama! ¿habrá dicha más grande? Arturo, te felicito doblemente. Señorita, yo sé que Arturo tiene muy buen gusto, y lo que es en esta vez.....

Pío se lamió los labios.

Concha bajó los ojos.

Arturo volvió la vista.

Pío volvió á la carga.

—Vamos, si es usted lo más encantadora que se haya visto! es usted la reina del teatro esta tarde.

—Era la primera vez que Concha recibía una andanada de flores de pollo, y se puso colorada: le pareció que Pío Blanco la estaba enamorando descaradamente.

Arturo lo notó y le dijo:

—No hagas caso de éste, es un loco.

—¡Y tú tan juicioso! ya sabes.

—Cabal.

—No lo crea usted, Conchita; no lo conoce usted; es lo más enamorado y lo más pillo.

—¡Qué tal! le dijo Concha á Arturo.

—Tú eres la que no conoces á Pío; es un calavera.

—Desíndame usted, Conchita.

—Yo no.

—Pues me defenderé sólo. Todos

dicen que soy calavera, que soy enamorado, que soy pillo, y vea usted..... me calumnian: todo mi efecto consiste en ser simpático, porque ¿no es verdad que soy simpático?

Concha no contestó.

—Pues bien, continuó Pío, como si Concha le hubiese dicho que sí.—Tengo muchas amigas que me quieren mucho, y de ahí sacan los envidiosos que soy enamorado. ¿No le parece á usted el colmo de la injusticia? Pero usted vá á ser mi buena amiga y me vá á hacer justicia; ¿no es verdad?

—Sí, señor, dijo Concha toda turbada, y dirigió una mirada á Arturo.

Éste se la correspondió afectando serenidad; pero realmente estaba entrando en cuidado, porque tenía que habérselas con la audacia de Pío Blanco.

A Concha le pareció oportuno hacer algo, y tomó los anteojos.